

TEÓFANES EL RECLUSO, *Qué es la vida espiritual. Y cómo perseverar en ella*, Ed. Sígueme, Salamanca 2016, 13'4 x 21, 318 pp.

No es del todo desconocido en el cristianismo Occidental este hijo del Siglo de Oro de la espiritualidad rusa. Hace tiempo se pueden encontrar en castellano, en la web, como pdf libre, *El Arte de la Oración*. Y también, on-line, *Relato y consejos de San Teófano el Eremita (traducido por Taisa Morosoff)*. Así como una pequeña biografía en Wikipedia de este santo de la Ortodoxia Rusa, obispo, hijo de sacerdote, que, abandonando todo, se recluye en un monasterio (“En 1854 se convirtió en obispo de Tambov, y posteriormente de Vladímir. En 1866 renunció al episcopado y se retiró al eremitorio de Vysha –hoy en la óblast de Riazán– donde permaneció hasta su muerte en 1894. Fue canonizado por la Iglesia Ortodoxa Rusa”). Durante estos últimos 28 años de su vida se centró en la oración y en la escritura espiritual. Tradujo del griego al ruso muchos textos de los Santos Padres. Varios comentarios a las Cartas de San Pablo. Tradujo también la Filocalia al ruso, ampliando su contenido con textos de los Padres de la Iglesia Rusa que escribieron entre los siglos XVII y XVIII. Pero quizás, lo más voluminoso de su obra sea su epistolario, que se agrupa en diez volúmenes. De él, no conocemos versiones traducidas al castellano. Esta es la primera, en la que se extraen ochenta cartas; en este caso, todas ellas dirigidas a una señorita de la burguesía de Moscú que le escribe interesándose por la vida espiritual.

Su interés es el nuestro, enormemente válido en la sociedad que vivimos tan recelosa de lo institucional y tan ávida de buenas guías de interioridad. Sirva esta muestra: (...) *Pero el afán o la preocupación excesiva, que carcome el corazón y le quita la paz, es una enfermedad del pecador que pretende organizar su propio destino y trajina en todas las direcciones. El afán desmedido dispersa los pensamientos e incluso impide concentrarse en el asunto que uno se trae entre manos. Así que mire dentro de sí y, si descubre que a veces la domina esta forma de afán, esfuércese en expulsarla y no darle lugar. Debe usted tener diligencia a la hora de realizar sus tareas, y al hacerlas con todo cuidado espere de Dios el éxito, consagrándole su labor, por pequeña que sea; pero el afán reprímalo. Actúe usted así y sus ocupaciones y asuntos cotidianos no la apartarán de Dios».* — CGM.